EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

# LA PRIMERA LÁGRIMA

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON EDUARDO JACKSON CORTES

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
*(Sucesor de Hijos de A. Gullón)*
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1897

# LA PRIMERA LÁGRIMA

Drama en un acto y en verso

ORIGINAL DE

D. EDUARDO JACKSON CORTES

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el teatro ESLAVA
la noche del 18 de Abril de 1874.

---

SEGUNDA EDICIÓN

---

MADRID
IMPRENTA DE V. VELA Y LÓPEZ
4, CALLE DE LAS CONCHAS, 4

1897

| PERSONAJES | ACTORES | |
|---|---|---|
| MARÍA........................ | Srta. | García. |
| GERMÁN....................... | Sr. | Mariscal. |
| EL DOCTOR.................... | » | López. |
| CÉSAR........................ | » | Arana. |

---

# A MI HIJO

Mi querido Pepe: Tuyo es el título de esta obra: tú la bautizaste: á tu lado, consultando contigo, la escribí: justo es que nuestros dos nombres aparezcan unidos en su primera página. Recibe esta pequeña muestra del inmenso cariño que te profesa tu padre,

*El Autor.*

# ACTO ÚNICO

Interior de una casa de campo, modesta, pero de agradable apariencia.—Ventanas en los primeros términos.—Puertas en los segundos.—Puerta grande en el foro, por la cual se deja ver el monte y una cascada.—A los lados de la puerta del foro, dos grandes rejas, cubiertas de enredaderas.—En las dos ventanas de los primeros términos, varias macetas con flores.—Una mesa con tapete verde cerca de la ventana derecha.—Un sillón y otros muebles de nogal.

Al levantarse el telón aparece la escena sola, y se ve cruzar por el monte un rebaño.—Se oirá el canto de las aves y el sonido de algunos cencerros pequeños.—Epoca, 1727.

## ESCENA PRIMERA

Sale MARÍA por la puerta izquierda, y se dirige á la puerta derecha.

Duerme.—Que el cielo proteja,
padre, tu tranquilo sueño,
y al par que el cuerpo repose,
repose tu pensamiento.
(Cruza la escena y se acerca á la ventana izquierda.)

Pronto se despide el día:
ya se advierten los reflejos
del sol dorando los montes
con sus últimos destellos;
ya la avecilla á su nido
dirige su raudo vuelo,
despidiéndose del día
con amorosos gorgeos;
ya torna el tranquilo arroyo
en sombras el limpio espejo
de sus aguas cristalinas,
y ya el torrente soberbio
reanima la blanca espuma,
presentándose altanero
cual ancha cinta de plata
que pende del firmamento.
La blanca luna aparece
á presidir los misterios
de la noche, con su escolta
de estrellas y de luceros.
La flor su pétalo oculta
al rigor del duro cierzo,
y ya la tristeza extiende
sus alas dentro del pecho,
y su corazón palpita
loco de amor por su dueño.
Vuelve, mi bien; que tus ojos
son las luces por que muero.
Tú eres mi sola alegría;
vuelve, sí: que de mi seno
dulces suspiros se escapan
para salir á tu encuentro.
Claras aguas que hasta el llano
vais en tropel descendiendo;
arroyo en que yo me miro,
flores que bebéis mi aliento,
aves que escucháis mis quejas,
decidle cuanto le quiero.
(Queda un momento apoyada en la ventana.)

## ESCENA II

### MARÍA, EL DOCTOR y CÉSAR

El Doctor y César aparecen hablando al foro.

DOCTOR. Penosa es la senda.
CESAR. Sí.
DOCTOR. Á pesar de lo que fueron,
ya mis piernas se resisten
á militares paseos.
CESAR. Entrad, pues, y descansad.
(María se vuelve al oir la voz de César.)
DOCTOR. Sí, César; los dos lo haremos,
y después baja á la ermita
y que todo esté dispuesto.
¡Dios sea loado! (Entran en la escena.)
MARIA. (Con alegría.) ¡Doctor!
DOCTOR. ¡Adiós!
MARIA. (Por César.) (Me lo trajo el cielo.)
¿Habéis visto al ermitaño?
DOCTOR. No; pero pienso ir á verlo.
Quiero ver si algo consigo
probando el último esfuerzo.
MARIA. ¡Siempre de la caridad
en pos!
DOCTOR. No hay mérito en ello.
Cumplo un sagrado deber.
Si en los años que partieron
para no volver jamás,
trepé por montes y cerros,
causando males y heridas,
de mi conciencia á despecho,
hoy, á pesar de mis años,
por los montes atravieso,
curando heridas y males,
de las otras en descuento.
Pago mi deuda, y en paz.
Y bien, ¿cómo está el enfermo?
MARIA. Cada vez peor.
DOCTOR. ¿La noche

la pasó mal?

MARIA. Sin sosiego.
El espantoso delirio
no le ha dejado un momento.
Tuvo una atroz pesadilla.

DOCTOR. Bien; no te asustes por eso,
que la mente extraviada
es un botiquín revuelto.
Está como aquel que lleva
la muerte dentro del pecho,
esperando una ocasión
para cortarle el aliento.
De reposo necesita,
y su carácter inquieto
le mata.

MARIA. Prohibidle vos
que se irrite.

DOCTOR. Vano empeño.
Siempre le estoy predicando,
mas desoye mis consejos.
Mil veces le he repetido
que si comete un exceso,
el día menos pensado
hablando se queda muerto.
La aneurisma es como el aspid,
que al derramar su veneno,
hiere de muerte.

MARIA. Doctor,
salvadle.

DOCTOR. Sólo los cielos
pueden hacer un milagro,
y á mí no me es dado hacerlo.

MARIA. ¡Pobre! Si llorar pudiera,
tal vez hallara consuelo.
Siempre sus cárdenos labios
están sin cesar diciendo:
«Primera lágrima mía,
¿dónde estás, que no te encuentro?»

DOCTOR. Es un hombre incomprensible,
¿no es verdad? ¡Hay un misterio
en su vida! ¿El no te ha hablado
nunca de pasados tiempos?

MARIA. No, señor. Me recogió
cuando mis padres murieron.
DOCTOR. Hace diez años.
MARIA. Eso es.
DOCTOR. Tú tenías siete.
MARIA. Cierto.
Siete años cumplí yo el día
que llegó Germán al pueblo.
DOCTOR. Conque al parecer tus padres
en un pavoroso incendio...
MARIA. Germán me salvó. Sí tal.
DOCTOR. Es compasivo.
MARIA. En extremo.
DOCTOR. Y rico.
MARIA. Con esta quinta
lo necesario tenemos.
DOCTOR. Es muy extraño que habite
aquí, tan cerca teniendo
San Martín de Valdeiglesias,
donde hay sociedad, recreos...
MARIA. La sociedad le incomoda.
DOCTOR. Pues señor, no lo comprendo.
Me dijiste que de América
había venido.
MARIA. Así al menos
lo dijo.
DOCTOR. Ha sido soldado.
MARIA. Sí, señor.
DOCTOR. (En fin, veremos
si consigo que se explique
tan claro como deseo.)
Voy á ver qué tal se encuentra.
Buena compañía te dejo.
Un bizarro capitán
que lidió con ardimiento
en contra del archiduque
en propios y extraños reinos.
Há tres meses que llegó
de gloria y polvo cubierto.
MARIA. ¡Tan joven y ya lidiar!
DOCTOR. Los pocos años son buenos
para trepar por los montes

y combatir con denuedo.

CESAR. Si á los veinticuatro años
el hombre no sabe serlo,
no sé para cuándo espera
demostrar su valimiento.

DOCTOR. Veinte años há defendí
del rey Felipe los fueros;
y hoy que la vejez me agobia
con su formidable peso,
cumpliendo como buen hijo
y como español cumpliendo,
en las cuestiones de honor
él debe ocupar mi puesto.
En el filo de esta espada, (Por la de César.)
escrito mi nombre tengo
con sangre que el enemigo
derramó impotente y ciego.
Si está bien ó mal templada;
si han sido sus golpes ciertos,
el duque de Vendom puede
daros cuenta de sus hechos;
ó preguntadlo si no,
á las tropas del imperio.

CESAR. La sangre que en vuestras venas
circula, en las mías siento,
y no habré de ser la mengua
de padre tan caballero.
Si al nacer, de vuestros padres
heredásteis el esfuerzo;
si demostrásteis al mundo
vuestro corazón de hierro,
fundido en el vuestro el mío,
iguales los considero;
no produce débil caña
nunca el roble corpulento.
Del rey Don Felipe quinto,
por defender los derechos,
di rienda suelta á mi potro
y al aire el brillante acero...
Si está mal ó bien templado,
que lo digan los flamencos.

MARIA. ¡Bien, César!

DOCTOR. Es hijo mío.
Permitid que pase adentro.
César, trata de alegrarla.
Yo, por mi parte, no puedo,
por mucho que lo procure:
que no pueden los cabellos
blancos inspirar el gozo
que inspiran los rizos negros.
Después que hayas descansado,
baja á ver al pobre viejo
y dile que pronto iré.

CESAR. Está muy bien.

DOCTOR. Hasta luego.

(Vase por la puerta de la derecha.)

## ESCENA III

### MARÍA y CÉSAR

CESAR. ¡Mi bien!

MARIA. ¡Don César!

CESAR. María,
de tus ojos los enojos
suspende un punto, alma mía:
que no alumbra el claro día
cuando están tristes tus ojos.
Y cuando la noche avanza
con negras sombras tranquilas,
mi vista á mirar se lanza,
porque cifra su esperanza
en la luz de tus pupilas.
Reposa por un instante;
por nuestro amor te lo pido:
que el ver triste tu semblante
es mirar el sol radiante
de negro crespón vestido.

MARIA. Imposible: los enojos
que hoy me arrebatan la calma
tornan mis párpados rojos,
porque la pena del alma
rebosa ya por mis ojos.
Una lágrima fundida

en los crisoles del duelo
huye del alma afligida,
y en vapores convertida
sube de la tierra al cielo.
Dejad que mi llanto vuele;
que convertido en vapores
al trono de Dios apele,
y que por mi padre vele
quien vela nuestros amores.

CESAR. Así lo hará, dueño mío.
Consuela tu pena amarga;
confía cual yo confío,
y ese dolor que te embarga
cederá, yo te lo fío.
Mitiga, pues, tu aflicción:
si la muerte el golpe rudo
descarga en su corazón,
mi brazo será tu escudo
y mi amor tu galardón.
Recoge el raudal de perlas
que viertes, ídolo mío.
¿No comprendes, al verterlas,
que en mi amante desvarío
sediento estoy por beberlas?
No quiero verte llorar.
Tu sonrisa es mi sonrisa,
y tus penas mi penar,
y mi delirio besar
el polvo que tu pie pisa.
Este retrato divino (Le saca del pecho.)
en las lides me defiende,
porque al mirarle imagino
que el cielo altares enciende
para alumbrar mi camino;
y cuando el cañón estalla,
á todo, á todo me atrevo
con mi pecho de muralla,
porque conmigo te llevo
á los campos de batalla.
Invencible me imagino
y combato satisfecho,
seguro de mi destino,

cuando defiende mi pecho
este retrato divino.
Angel puro de candor,
tú eres mi amparo mejor,
por más que al mundo no cuadre;
que no hay bala que taladre
el escudo de mi amor.
Siempre te llevo conmigo,
y entre los disparos rojos
mirar tus ojos consigo,
y más que el fuego enemigo
brilla el fuego de tus ojos.
No hay victoria que no sea
á mi ardimiento menor
como á mi lado te vea;
que tú me dices: pelea,
y peleo con valor,
y lucho con brazo fuerte,
los peligros despreciando,
porque me figuro al verte
que no me ha de herir de muerte
cuando tú me estés mirando.
Da treguas al desvarío;
no temas el golpe rudo,
que contra el destino impío
te defiende el brazo mío,
y mi amor será tu escudo.

MARIA. ¡César, qué felicidad!
¡Dios de infinita bondad:
tú que domas las tormentas,
á mis ojos le presentas
cual faro en la tempestad!
Decís que mis ojos son
los que alumbran vuestras huellas...
Es verdad: tenéis razón...
los vuestros son las estrellas
que marcan mi salvación.
En mi amoroso deseo
lanza mi pecho un suspiro
cada instante que no os veo,
y al volveros á ver creo
que un cielo á mi lado miro.

Piedad, don César, reclamo,
si lo que digo no sé,
y si al decirlo me infamo:
yo tan sólo sé que os amo
y que siempre os amaré.
Si es un delito el amar,
más delito es el fingir.
Don César, debo callar.
Vos sabréis adivinar
lo que no puedo decir;
y adiós, que el anciano espera,
vuestro padre os lo ordenó.
Si mi amor os detuviera,
cruel y egoísta fuera.
¿Tardaréis en volver?

CESAR. No.
En cuanto deje cumplida
su orden, tras de su calma
volará mi alma afligida.
Adiós, alma de mi vida.

MARIA. Adiós, vida de mi alma.
(Vase César.)

## ESCENA IV

MARÍA; á poco, EL DOCTOR

MARIA. Reina de los cielos,
de virtud acopio,
Madre inmaculada
del Señor piadoso,
perdonad si triste
vuestro nombre invoco.
Que su amor me escude,
por piedad lo imploro.
(Al Doctor, que sale.)
¿Cómo está mi padre?

DOCTOR. Ó yo me equivoco,
ó de sus dolencias
se divorcia pronto.

MARIA. Bendígaos el cielo
si tanto bien logro.

DOCTOR. Y ahora que la suerte
me permite el gozo
de mirarte á solas,
me dirás ¿qué noto
en esas miradas
que giran en torno,
buscando afanosas
un algo que ignoro?
Tu semblante de ángel,
á la vez que hermoso,
pálido se encuentra.
Habla sin rebozo.
MARIA. Mi padre...
DOCTOR. Sin duda.
MARIA. Por mi padre lloro.
DOCTOR. Y es justo; mas creo
que además hay otro
motivo, de tu alma
en lo más recóndito.
Veo dos sentimientos
luchar afanosos.
Sé franca conmigo.
MARIA. Yo os lo diré todo,
si me dais palabra
de esquivar enojos.
DOCTOR. Te la doy, María;
mi palabra otorgo.
MARIA. ¿Y me oiréis con gusto?
DOCTOR. Sí; te oiré gustoso.
MARIA. Pues rompo el silencio
y el miedo abandono.
Perdón, si de largo
el relato tomo.
Érase una tarde
del Abril frondoso.
La brisa apacible
mecía en sus troncos
las flores lozanas;
los tiernos pimpollos
que al pie de mis rejas
crecían dichosos,
yo los contemplaba

con ánimo absorto,
al par disfrutando
su aliento oloroso,
cuando de repente
se ofrece á mis ojos,
de noble apostura,
montando ágil potro,
mancebo gallardo
de pálido rostro,
de negros cabellos,
luciendo orgulloso
su espada brillante,
su espuela de oro.
El paso detuvo
del bruto brioso,
que inquieto las piedras
tornábalas polvo,
y al pie de mi reja
detúvose un poco.
Mirándonos ambos
quedamos absortos.
Un tierno suspiro
rompió silencioso
la cárcel del pecho,
tan dulce, tan hondo,
que, estando á su lado,
apenas le oigo.
Bajé yo la vista,
y el justo sonrojo
mi faz enrojece.
Mas... yo no sé cómo,
mis labios cerrados
se abrieron de pronto
al mágico influjo
de amante sollozo,
y su hondo suspiro
y mi ¡ay! misterioso
unidos volaron
en dulce coloquio.
«Te adoro,» me dijo,
y huyó presuroso.
Su tímido acento

me hirió de tal modo,
que siempre en mi oído
le escucho sonoro.
Las hojas caídas
que alfombran el lodo,
y el céfiro blando
que gime armonioso,
y el ave que trina,
y el límpido arroyo,
y el río y la fuente,
con lánguido tono
parece que dicen...
«¡Te adoro!... ¡Te adoro!»
Pues bien, el mancebo
era...

DOCTOR. Lo supongo.
Era César.

MARIA. ¡Cielos!
¿Quién lo dijo?

DOCTOR. El rojo
carmín que al nombrarle
colora tu rostro.

MARIA. Seréis adivino.

DOCTOR. No: viejo y celoso
del bien de don César
y del tuyo propio.
De estos mis cabellos
los nevados copos,
la experiencia indican
que lo acierta todo.
¿Lo sabe tu padre?

MARIA. No, señor; ni ¿cómo
decírselo pude,
si en delirios locos
el mal le esclaviza?

DOCTOR. Pues tu amor acojo.
Te doy mi palabra
de uniros muy pronto.
Hija de un soldado
de lealtad asombro,
de honradez modelo,
que luchó animoso

por la justa causa,
por tu causa abogo.
Él te ama; tú le amas;
tu virtud conozco;
honrada y hermosa,
¿qué más ambiciono?

MARIA. Señor, dispensadme
si á sus pies me postro.

DOCTOR. Levanta. En mis brazos.
Tan rico tesoro
no debe quedarse
en el mar innoto
de la triste vida
sin ningún apoyo.
Tabla de un naufragio,
nave sin piloto,
navegar no debe,
naufragara pronto.
Unidos en lazo
de amor venturoso,
gozad de estos días,
que, aunque son tan cortos,
para el mal son muchos,
para el bien son pocos.

## ESCENA V

### DICHOS y GERMÁN

GERMAN. ¡Dejadme! ¡Dejadme ya!
MARIA. ¡Padre!
DOCTOR. ¡Germán!
GERMAN. ¡No me dejan
esos fantasmas horribles
que en torno mío voltean!
DOCTOR. Venid; reposad un poco,
y olvidad esas quimeras.
MARIA. ¡Padre!
GERMAN. No llores, María;
tus lágrimas me molestan.
Mostrarle el agua al sediento
cuando no puede beberla,

es no tener caridad,
es demasiada inclemencia.

MARIA. ¿Por qué no lloras conmigo?

GERMAN. ¡Ay de mí! ¡Si yo pudiera
llorar!

DOCTOR. Pues hacedlo.

GERMAN. ¿Y cómo,
cuando los ojos se niegan?

DOCTOR. Calma. Nada conseguimos
sin domar la violencia
de vuestro carácter.

MARIA. Sí.

GERMAN. Decid al río que tuerza
su curso, al sol que no alumbre,
que no brillen las estrellas,
y decidle al mar bravío
que al retirarse no vuelva,
que el mundo rompa los ejes
que le dió la Omnipotencia,
y al león que se despoje
de su natural fiereza,
y no me pidáis á mí
que domine mi soberbia.
Así me formó el destino,
y así es preciso que muera,
que yo deshacer no puedo
lo que hizo naturaleza.

DOCTOR. Pero os dió el conocimiento,
el instinto.

GERMAN. Ya serena
está mi mente.—María,
¿huyes de mí? ¿No te acercas
á tu padre?

MARIA. ¡Me dais miedo!

GERMAN. Ven á mi lado; no temas.
Me quieres, ¿no es verdad?

MARIA. Mucho.

GERMAN. ¡Qué galana estás! ¡Qué bella!
(Acercándosela y rechazándola en seguida.)
¡Esa palidez me asusta!

DOCTOR. ¡Cierto: estás como la cera!

GERMAN. ¡Como la cera... es verdad!

¡El color de la tristeza!
¡del martirio! ¡de la muerte!

MARIA. ¡Siempre las mismas quimeras!

GERMAN. ¡Ay de mí!

MARIA. ¿Por qué suspiras?

GERMAN. Porque el suspiro es la esencia
del dolor; átomo leve
de un corazón que, en pavesas
convertido, extiende el vuelo
hasta la mansión eterna.

DOCTOR. El que una deuda contrae,
justo es que pague su deuda.

GERMAN. Hay débitos tan enormes,
que no bastan las riquezas
de toda una vida, acaso,
para pagarlos.

DOCTOR. Se dejan
sin pagar, que Dios perdona.
Dejemos esa materia,
que se entristece María,
cuya candidez extrema
padece, y duerme intranquila
y con mil fantasmas sueña.

GERMAN. ¡Pobre María!

MARIA. Esta noche
pensé que mi hora postrera
había llegado.

GERMAN. ¡Ángel mío!

MARIA. ¡Qué pesadilla! Aún me aterran
sus tristes recuerdos.

GERMAN. ¿Sí?

MARIA. Era una noche en que apenas
los árboles se veían;
no brillaban las estrellas;
el huracán azotaba
las ramas con saña fiera;
se escuchaba el mar rugiente
quebrarse en las duras peñas;
el torrente descendía
sobre la enlutada piedra,
cual río de sangre hirviente
que enrojecía sus grietas...

y el resplandor de los rayos
iluminaba la tierra.

DOCTOR. ¡Pobre niña!

MARIA. De repente,
un patíbulo se eleva,
sangriento, terrible, fiero;
y rodando una cabeza
de su cuerpo desprendida,
gritaba con voz severa:
«¡Véngame de mis verdugos!»
Quise huir; pero sujeta
me encontré por una mano
de negra sangre cubierta,
que me arrastraba gritando:
«¡Ven conmigo!» ¡Suelta! ¡suelta!
Él, sin oírme, me arrastra;
se debilitan mis fuerzas,
y al rodar hacia un abismo
la zozobra me despierta.

(Durante esta narración, Germán dejará ver la impresión que le causan las palabras de María. El Doctor no deja de observarle.)

DOCTOR. ¿Qué tenéis?

GERMAN. ¿Yo? Nada.

DOCTOR. ¿Nada?

GERMAN. (¡Qué elocuente es la inocencia!)

MARIA. Todavía me estremezco.

DOCTOR. Evitad que se estremezca,
y hablaremos, si os parece,
de cosas más halagüeñas.
Conque si esta hermosa niña
nos otorga su licencia,
podremos quedarnos solos.
(Aparte á María.)
(La entrevista te interesa.)

MARIA. Bien está. No estorbaré.
Padre...

GERMAN. Adiós.

MARIA. Que él os proteja.

(Vase por la puerta de la izquierda.)

## ESCENA VI

### GERMÁN y EL DOCTOR

DOCTOR. Aun cuando el asunto importa,
yo procuraré abreviar;
y aunque me voy á sentar,
la entrevista será corta.

GERMAN. De ella estoy muy satisfecho,
porque hablaros deseaba.
Doctor, mi vida se acaba,
y quiero abriros mi pecho.

DOCTOR. Hablad, pues.

GERMAN. Primero vos.

DOCTOR. Lo haré, que soy obediente,
y veréis cuán fácilmente
nos entendemos los dos,
pues no me es dado olvidar
los años de mi campaña,
y, aunque doctor, me acompaña
la franqueza militar.

GERMAN. Sé que habéis sido soldado.

DOCTOR. Al ver á mi patria en guerra,
defender quise mi tierra
como bueno y como honrado,
y con la tizona al cinto,
al par que á la patria mía,
los derechos defendía
del rey don Felipe quinto.
En mil setecientos dos
juntos fuimos á Milán,
llevados del noble afán
más que de la guerra en pos,
y allí, con pechos leales
y con heroica constancia,
humillamos la arrogancia
de las tropas imperiales.
Aún mi pecho se alboroza...
En fin, al año tornamos,
y las cortes celebramos
con el rey en Zaragoza.

Entonces me retiré
del servicio militar,
consagrándome á curar
heridas que no causé.
Os hago esta relación
porque sepáis quién he sido
y quién soy. He concluído.
Vamos á la otra cuestión.
Este aislamiento en que os miro
no lo comprendo.

GERMAN. Yo sí.

DOCTOR. ¿Cómo es que habitáis aquí?

GERMAN. Porque aquí, Doctor, respiro.

DOCTOR. ¿Y en otro sitio no?

GERMAN. No.
¿No habita el león el desierto?
Pues no es extraño, por cierto,
que habite en un bosque yo.
Me gustan anchas praderas,
ver espacios y horizontes...
Los desiertos y los montes
se hicieron para las fieras.
De la injusta sociedad
el yugo opresor me aterra...
Sin duda vine á la tierra
hambriento de libertad;
y á la pereza rehacio,
crucé su áspero sendero
como el halcón altanero
que se cierne en el espacio.

DOCTOR. No era mi sospecha vana.
Hay un misterio en vos.

GERMAN. Sí.
Desde el día en que nací
soy... una desdicha humana.
Hoy, que creo adivinar
vuestro paternal deseo;
hoy, que tan cercana veo
mi muerte, sin vacilar,
cumpliré mi obligación,
y valga por lo que valga.
Hoy es preciso que salga

al labio mi corazón.

DOCTOR. Vuestra hija...

GERMAN. Inútil afán.

DOCTOR. ¡No me dejáis concluir!...

GERMAN. Doctor, me vais á decir
que mi hija ama al capitán.
Me enaltece lo indecible
boda de tal valimiento...
pero...

DOCTOR. ¿Qué?

GERMAN. Escuchad atento,
y oiréis una historia horrible.
(Germán se levanta y cierra todas las puertas.)
Ya que así al cielo le plugo,
la verdad á saber vais.
(Germán da la mano al Doctor.)
¿Sabéis qué mano estrecháis?

DOCTOR. No.

GERMAN. La mano de un verdugo.

DOCTOR. ¡Qué me decís!

GERMAN. La verdad.
¡No extraño vuestra sorpresa!
Si mi historia os interesa,
yo os la contaré: escuchad.

DOCTOR. No os fatiguéis, por favor;
calmáos.

GERMÁN. Me calmaré;
pero todo os lo diré,
que vos sois mi confesor.
Nací de padres honrados;
hombre, sentí, á mi despecho,
que amor clavaba en mi pecho
sus dardos envenenados;
y con tanta exaltación
rendí al amor vasallaje,
que amé como ama el salvaje,
fiero, indómito león.
En mi ciego frenesí,
al lograr mi bien ansiado,
hallé amor esclavizado,
y dije fuera de mí:
Si el amor es sentimiento

que Dios en el alma imprime,
ángel de paz, bien sublime
de eterno merecimiento;
si igual que el rey el pastor
sienten su apacible calma;
si amor es hijo del alma,
debe ser libre el amor.
No es extraño que las hienas
y los tigres carniceros
parezcan mansos corderos
si los cargan de cadenas.

DOCTOR. Si libres en el amar
pudieran ser los mortales,
¡cuántas penas, cuántos males
tuvieran que lamentar!
¿Qué sería de las madres
y sus cuidados prolijos?...
¿Qué sería de los hijos
sin conocer á sus padres?
Del vicio el camino abierto,
todos tras él correrían,
y al fin se detrozarían
cual las fieras del desierto,
hasta que Dios enviara,
para cortar la malicia,
un rayo de su justicia
que el mundo entero abrasara.
No habléis de ese fiero Alud
que me arrastró en su furor...
¡Maldito sea el amor,
que desdeña la virtud!

GERMAN. Es verdad; razón tenéis.
¡Muy tarde lo he conocido!

DOCTOR. No: si estáis arrepentido,
seguid, y no os fatiguéis.

GERMAN. Veintidós años de edad
apenas cumplido había,
y, ya sin padres, vivía
en completa libertad.
Sujeto al influjo loco
de mi altivo pensamiento,
para mi indómito aliento

el mundo entero era poco.
Un día, á una joven vi,
perla de encanto divino,
y al hallarla en mi camino,
por su amor enloquecí.
Desde entonces me encontró
al pie de su reja, amante,
y al ver mi pasión constante,
á mis quejas respondió.
Me dijeron... «Á esa perla
no codiciéis: tiene dueño...»
Entonces, con más empeño
me obstiné yo en poseerla,
y al cabo lo conseguí.
Penetré cual malhechor
en su casa, y su candor
luchó en vano: le vencí.
Pasó el tiempo, y un día, yerta
me dijo: «¡Suerte inhumana!
¡Juan, me desposan mañana:
mi deshonra es descubierta!»
Vi á su amante, le reté,
sacamos nuestras espadas,
cruzamos tres estocadas,
y á la cuarta le maté.
No hubo traición: fué su sino.
Me persiguió la justicia,
y el mundo, con su malicia,
me calumnió de asesino.
Preso al poco tiempo me hallo:
me defiendo; en vano lidio
contra mi suerte... Un presidio
fué de mi proceso el fallo.
¡Cinco años de esclavitud,
de hambre, de sed y de frío!...
Se endureció el pecho mío
y aborrecí la virtud.

DOCTOR. ¡Justo Dios!

GERMAN. ¡Cuánta impiedad!
¡El crimen me abrió su seno:
la hiel se trocó en veneno
y el heroísmo en crueldad!

DOCTOR. ¡Mísera suerte!
GERMAN. Cumplí
el tiempo de mi condena,
y, libre de mi cadena,
ante el mundo aparecí.
Corro, pregunto en seguida
por mi amor... «¡No existe!» ¡Oh,
cuánto sufrí!
DOCTOR. ¿Sucumbió?
GERMAN. Murió al darle á su hijo vida.
DOCTOR. ¿Fué madre?
GERMAN. Sí.
DOCTOR. ¡Dios eterno!
GERMAN. Loco... ciego... delirante
me vi. Desde aquel instante,
mi existencia fué un infierno.
Entonces pensé en la huída.
Cambié mi nombre de Juan
por el nombre de Germán,
y buscando nueva vida,
á la América mi saña
me llevó. Pronto se supo
quién era, y allí me cupo
igual suerte que en España.
Unos, como de un leproso,
hasta de mi vista huían,
y otros de mí se escondían
como de un perro rabioso.
Si al pie de un confesonario
me acercaba con temor,
oía á mi alrededor
murmurar... «¡El presidiario!...»
«¡Ya para tí no hay piedad!»
me dijo el mundo en su encono.
¡Perdóname! «¡No perdono!...»
respondió. En mi ceguedad,
resolví. ¡Si al cielo plugo,
yo haré que mi vista asombre!
¡Ya que es mi verdugo el hombre,
del hombre seré verdugo!
Y dije al mundo inhumano:
«Si con mi mal te diviertes,

yo también.» ¡Más de mil muertes
ejecuté por mi mano!
Y á la vez que ejecutaba,
mi pecho se endurecía,
y mi delirio crecía
y mi embriaguez se aumentaba;
y eran mis gratos contentos
ver correr el llanto á mares
y entonar dulces cantares
al compás de los lamentos
cuando el reo á la capilla
pasaba del calabozo,
mientras yo, ébrio de gozo,
afilaba mi cuchilla.

DOCTOR. ¡Oh!

GERMAN. Tal influjo alcanzaba
en mi sér este odio ciego,
que cual serpiente de fuego
por mis venas circulaba.
Y era tanta mi alegría
al mirar un cuerpo inerte,
que me hubiera dado muerte
por gozarme en mi agonía.

DOCTOR. Engaño; funesto engaño
que el necio rencor alcanza:
el placer de la venganza
es un placer que hace daño.
Dios manda la compasión
y el perdón del enemigo,
porque no hay mejor castigo
que el castigo del perdón.

GERMAN. Es verdad. ¡Qué necio fuí!
¡Con ciego rencor profundo
vengarme quise del mundo,
y al mundo vengué de mí!
Con la humanidad en guerra,
por la venganza impulsado,
soy el sér más desgraciado
que existe sobre la tierra.
A pesar de lo que fuí,
cuando al sentimiento cedo,
llorar quisiera y no puedo,

que no hay lágrimas en mí;
porque es mi infortunio tanto,
que el cielo, en justos enojos,
no le permite á mis ojos
ni aun el consuelo del llanto.

DOCTOR. ¡Terrible revelación,
Germán, me acabáis de hacer!
¡Qué horrible es á veces ver
el fondo de un corazón!
Fuísteis cruel, lo concedo;
pero hoy vais del bien en pos.
Dejad que os escuche Dios,
y llorad, llorad.

GERMAN. No puedo;
porque es tanta la amargura
que en mí el infortunio vierte,
que ya el alma se divierte
con su propia desventura.
Dicen que mi furia loca
jamás dominar podré,
y dicen que moriré
con la blasfemia en la boca.

DOCTOR. Rogad á Dios.

GERMAN. ¡Yo rogar!...
(Sin altivez: con terror.)
¿Y en dónde? Lo intento en vano.

DOCTOR. Nunca le falta á un cristiano
un rincón donde rezar.
Cuando se acerca el morir
se da el rencor al olvido.

GERMAN. Si yo estoy arrepentido...
¿cómo os lo habré de decir?
Marchitar mi rostro dejo
sin poderle contemplar.
Que no me puedo mirar
á solas en un espejo,
ni jamás me miraré,
porque su verdad me asombra.
Miro en su cristal la sombra
de aquellos que yo maté,
y mil cráneos apiñados,
que me llenan de terror,

y veo á mi alrededor
espectros ensangrentados
que me arrastran de un abismo
hacia el pavoroso centro,
y cuando á solas me encuentro
tengo miedo de mí mismo.
¡La vida! ¡Funesta vida
los cielos me han concedido!
¡Señor, la muerte te pido!
¡Ten piedad de un homicida!

DOCTOR. ¡Como deciros no sé
que no debéis exaltaros!
¡Os empeñáis en mataros!

GERMAN. ¡Qué mucho! ¡Á tantos maté!...

DOCTOR. ¡Me exasperáis! Más cordura.
Bajad, bajad el acento
y sed humilde un momento.

GERMAN. ¡Humildad yo! ¡Qué locura!
Aunque quiera, no está en mí:
vine al mundo de ella escaso.
¿Tengo yo la culpa acaso
de nacer como nací?
La injusta naturaleza,
para mi condenación,
me dió mucho corazón,
pero muy poca cabeza;
y por eso, á mi pesar,
nunca supe discurrir.

DOCTOR. (¡Cómo ha de saber sentir
el que no sabe pensar!)

GERMAN. Cuando del segur el filo
corte mi vida azarosa,
yo creo que hasta en la fosa
me rebulliré intranquilo.

DOCTOR. ¡La encina más dura y fuerte
se quiebra cual pobre arista!...
¡Que no hay titán que resista
el impulso de la muerte!

GERMAN. Si la muerte me buscara
sin disfraz; si pecho á pecho
me disputase el derecho
de la vida, cara á cara,

os afirmo, y no os asombre
ni me tengáis por impío,
sólo con el brazo mío
eterno se hiciera el hombre.

DOCTOR. ¡Cadenas tiene la muerte
imposibles de vencer!
¡No existe humano poder
que rompa su lazo fuerte!

GERMAN. ¡Contra el coraje iracundo
no hay valla que se levante!
¡Para el huracán gigante
no hay cadenas en el mundo!

DOCTOR. ¡Pero las hay en el cielo!
Basta, Germán. Si seguís,
os dejo.

GERMAN. ¡Qué me decís!
¡Dejarme vos, mi consuelo!

DOCTOR. Pues bien, hablemos con calma.

GERMAN. Con calma hablaré, Doctor.

DOCTOR. ¿Queréis hacerme un favor?

GERMÁN. ¡Si quiero! Con vida y alma.

DOCTOR. Tengo una curiosidad.
Me interesó vuestra historia,
y ella trae á mi memoria...
Os exijo la verdad.

GERMAN. La verdad oiréis de mí.

DOCTOR. ¿Qué año fuísteis preso vos?

GERMAN. En mil setecientos dos.

DOCTOR. ¿En Madrid?

GERMAN. En Madrid, sí.

DOCTOR. Del joven que la existencia
dió en defensa de su amada,
¿cuál era el nombre?

GERMAN. Moncada.

DOCTOR. ¡Moncada! (¡Dios de clemencia!)

GERMAN. ¿Qué tenéis?

DOCTOR. (¡Ese era el nombre!...)
¿Y el de la niña inocente?

GERMAN. Herminia de Benavente.

DOCTOR. (¡Cielos, qué dice este hombre!)
Hoy, en vuestro desvarío,
os olvidáis, á mi ver,

que el nombre de esa mujer
es el mío...

GERMAN. ¿Es cierto?

DOCTOR. ¡El mío!

GERMAN. ¡Señor!...

DOCTOR. ¡Y en vos se cobija
aquel mónstruo de maldad!...
¡Dios clemente!...

GERMAN. ¡Hablad! ¡hablad!

DOCTOR. ¡Miserable!... ¡Era mi hija!

GERMAN. ¡Qué!

DOCTOR. ¡Mi templo profanastes,
de mi deshonra en acecho!...
¡Tú del altar de mi pecho
aquella virgen robastes!...
¡Tú heristes, hombre malvado,
con tu pasión homicida,
de un solo golpe su vida
y mi nombre inmaculado!
¡Tú de la deshonra el yugo
encadenaste á sus pies!...
¿Cómo extrañar que después
se hiciera este hombre verdugo?
¡Sabe, y en vano te exijo
el secreto, pronto acabas!
¡El hombre que rechazabas
para María, es tu hijo!

GERMAN. ¡Mi hijo!

DOCTOR. Sí. Yo le he educado;
yo su orfandad protegí,
y hasta mi nombre le di
para que viviera honrado.

GERMAN. ¡Mi hijo! ¡Descorred el velo,
Señor, que mi mente ofusca!...

DOCTOR. ¡Busca en Dios consuelo, busca!
¡No le hay para tí en el cielo!
(Germán, durante el razonamiento del Doctor, habrá dejado ver su emoción y el desfallecimiento de sus fuerzas, cayendo en un sillón.)
¡No hay quien tu perdón reclame
ni quien sienta tu amargura!
¡Á mi hija cándida y pura

tú la matastes, infame!
¡En tí su mirada fija
está el castigo esperando!...

GERMAN. ¡Doctor... que me estáis matando!...

DOCTOR. ¡Tú asesinaste á mi hija!...

GERMAN. ¡Ella por mí al cielo ruega!

DOCTOR. ¡En vano, en vano batallas!
¡Que ni una lágrima hallas,
porque el cielo te la niega,
y no esperes compasión,
que yo con él te maldigo!

GERMAN. ¡Doctor... no hay mejor castigo
que el castigo del perdón!

DOCTOR. ¡Triste, miserable suerte,
que con la hiel me convida!...
¡Yo debo alargar su vida
cuando ambiciono su muerte!
¡Señor, lo que estoy sufriendo
mi sacrificio corone!
¡Germán, que Dios te perdone!
(El Doctor va á marcharse y Germán cae de rodillas.)

GERMAN. ¡Doctor... que me estoy muriendo!...

DOCTOR. Es verdad. Rencor inmundo,
lejos de mí. Basta ya.
Soy el médico que está
al lado de un moribundo.
Que vuestro hijo ignore...

GERMAN. Sí.
Mas le quisiera abrazar...
Tal vez pudiera llorar...

DOCTOR. Silencio: ya están aquí.

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; MARÍA y CÉSAR: ella por la puerta de la izquierda y él por el foro. Al oir la voz de César, Germán se levanta y corre á abrazarlo.

MARIA. ¿Qué pasa?

CESAR. ¿Padre?

GERMAN. ¡Hijo!...

CESAR. ¡Qué!

(Mirada del Doctor á Germán.)

GERMAN. ¡Como vais á ser esposo...
de mi hija!...

MARIA. (¡Dios poderoso!)

GERMAN. Al veros... hijo os llamé.
¡Doctor... me siento expirar!...
¡Oh, qué inefable consuelo!...
¡Hoy me ha perdonado el cielo!...
¡Sí... sí, ya puedo llorar!...

(Rompe á llorar con toda la efusión de su alma. Le colocan en un sillón que María pone en el centro de la escena. Pausa.)

CESAR. ¡Puñal de cortante filo
es su voz, que mi alma hiere!
¡Germán!... (El Doctor se interpone.)

DOCTOR. (Muy bajo á César.) ¿No ves que se muere?
Déjale morir tranquilo.

GERMAN. ¡Dios... me manda que sucumba...
y permite en su amor santo...
que vierta mi primer llanto...
en el borde de mi tumba!

(En este momento un rayo de luna penetra por la ventana y viene á iluminar el cuadro.)

DOCTOR. ¡Llora, desdichado, llora,
que el llanto á Dios te encamina!...
¡Llora, que Dios te ilumina,
Germán, en tu última hora!

(Entra la agonía de la muerte en Germán. Luchando con ella, pretende volver á abrazar á César, y va cayendo del sillón, hasta quedar de rodillas. Al llegar á abrazarle, cae muerto en los brazos de María. María y César deben estar también de rodillas. El Doctor habrá retirado el sillón y se coloca detrás de Germán. Durante la agonía se habrán dicho los versos siguientes:)

MARIA. ¡Se muere!

DOCTOR. No hay duda, no.

MARIA. ¡Salvadle!

DOCTOR. No está en mi mano.

MARIA. ¡Por piedad!

DOCTOR. Todo es en vano.

MARIA. ¡Padre!

CESAR. ¡Germán!

MARIA. (Al expirar Germán.) ¡Padre!... ¡Oh!

CESAR. María, los ojos fijos
tengo en tí. No así taladre
la pena tu alma. ¡Padre!...

DOCTOR. Sí; los dos seréis mis hijos.

(Cuadro.)

FIN DEL DRAMA

---

**NOTA.** En los teatros donde pueda ser un inconveniente la pasada del rebaño y la aparición de la luna, pueden suprimirse ambas cosas.

## ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

# PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

## FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

# PUNTOS DE VENTA

---

En casa de los Corresponsales de esta Galería ó acudiendo al EDITOR, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los Libreros ó Agentes.